

## CAPÍTULO 1: LA GRAN NECESIDAD DE DIOS

«Dios se maravilló.» ¡Este es un pensamiento verdaderamente impactante! La misma audacia de la idea seguramente debe captar la atención de todo cristiano sincero, hombre, mujer o niño. ¡Un Dios que se maravilla! Cuán asombrados podríamos estar si supiéramos la causa de la «maravilla» de Dios. Sin embargo, descubrimos que es, aparentemente, algo muy pequeño. Pero si estamos dispuestos a considerar el asunto cuidadosamente, descubriremos que es de la mayor importancia posible para todo creyente en el Señor Jesucristo. Nada más es tan trascendente, tan vital, para nuestro bienestar espiritual.

Dios «se maravilló de que no hubiera intercesor» (Isa. 59:16) — «*ninguno que intercediera*» (R.V., marg.). Pero esto fue en los días de antaño, antes de la venida del Señor Jesucristo, «lleno de gracia y de verdad»; antes del derramamiento del Espíritu Santo, lleno de gracia y poder, «que nos ayuda en nuestra debilidad» y «él mismo intercede por nosotros» y en nosotros (Rom. 8:26). Sí, y antes de las promesas verdaderamente asombrosas de nuestro Salvador respecto a la oración; antes de que los hombres supieran mucho acerca de la oración; en los días en que los sacrificios por sus propios pecados ocupaban un lugar más prominente en sus ojos que la súplica por otros pecadores.

¡Oh, cuán grande debe ser la maravilla de Dios hoy! ¡Porque cuán pocos hay entre nosotros que saben lo que es realmente la oración eficaz! Todos nosotros confesaríamos que creemos en la oración, pero ¿cuántos de nosotros creemos verdaderamente en el poder de la oración? Ahora, antes de que demos un paso más, permita el escritor suplicarle a usted con toda seriedad que no lea apresuradamente lo que contienen estos capítulos. Mucho, muchísimo, depende de la manera en que cada lector reciba lo que aquí se registra. Porque todo depende de la oración.

¿Por qué muchos cristianos son tan a menudo derrotados? Porque oran muy poco. ¿Por qué muchos obreros eclesiásticos están tan a menudo desanimados y abatidos? Porque oran muy poco.

¿Por qué la mayoría de los hombres ven a tan pocos ser sacados «de las tinieblas a la luz» mediante su ministerio? Porque oran muy poco.

¿Por qué nuestras iglesias no están simplemente ardiendo por Dios? Porque hay tan poca oración real.

El Señor Jesús es tan poderoso hoy como siempre lo fue. El Señor Jesús está tan ansioso de que los hombres sean salvos como siempre lo estuvo. Su brazo no se ha acortado para que no pueda salvar; pero Él no puede extender su brazo a menos que oremos más, y más de verdad.

Podemos estar seguros de esto: el secreto de todo fracaso es nuestro fracaso en la oración secreta.

Si Dios «se maravilló» en los días de Isaías, no debemos sorprendernos de encontrar que en los días de su carne nuestro Señor «se asombró». Se asombró de la incredulidad de algunos, una incredulidad que realmente le impidió hacer alguna obra poderosa en sus ciudades (Marcos 6:6).

Pero debemos recordar que aquellos que fueron culpables de esta incredulidad no vieron en Él hermosura para que le desearan o creyeran en Él. ¿Cuál será entonces su «asombro» hoy, cuando ve entre nosotros, que verdaderamente lo amamos y adoramos, a tan pocos que realmente «se animan a echar mano de Dios» (Isa. 64:7)? Seguramente, ¿no hay nada tan absolutamente asombroso como un cristiano prácticamente sin oración? Estos son días trascendentales y ominosos. De hecho, hay muchas evidencias de que estos son «los últimos días» en los cuales Dios prometió derramar su Espíritu, el Espíritu de súplica, sobre toda carne (Joel 2:28). Sin embargo, la gran mayoría de los que profesan ser cristianos apenas saben lo que significa «súplica»; y muchas de nuestras iglesias no solo no tienen reunión de oración, sino que a veces condenan sin vergüenza tales reuniones, e incluso se burlan de ellas.

La Iglesia de Inglaterra, reconociendo la importancia de la adoración y la oración, espera que su clero lea las oraciones en la iglesia cada mañana y cada tarde.

Pero cuando esto se hace, ¿no es a menudo en una iglesia vacía? ¿Y no son las oraciones frecuentemente recitadas a una velocidad que impide la adoración real? La «oración común», también, a menudo necesariamente debe ser bastante vaga e indefinida.

¿Y qué de aquellas iglesias donde se conserva la anticuada reunión de oración semanal? ¿No sería «débil» la palabra más apropiada? C. H. Spurgeon tuvo el gozo de poder decir que dirigía una reunión de oración cada lunes por la noche «que casi nunca cuenta con menos de mil a mil doscientos asistentes».

Hermanos míos, ¿hemos dejado de creer en la oración? Si ustedes todavía mantienen su reunión semanal de oración, ¿no es un hecho que la gran mayoría de los miembros de su iglesia nunca se acercan a ella? Sí, y ni siquiera piensan en acercarse. ¿Por qué es esto? ¿De quién es la culpa?

«Solo una reunión de oración» — ¡cuán a menudo hemos oído esa expresión! ¿Cuántos de los que leen estas palabras realmente disfrutan de una reunión de oración? ¿Es un gozo o solo un deber? Por favor, permídanme por hacer tantas preguntas y por señalar lo que parece ser una debilidad peligrosa y una falla lamentable en nuestras iglesias. No estamos para criticar, mucho menos para condenar. Cualquiera puede hacer eso. Nuestro anhelante deseo es animar a los cristianos a «echar mano de» Dios, como nunca antes. Deseamos alentar, infundir coraje y elevar.

Nunca estamos tan altos como cuando estamos de rodillas.

¿Criticar? ¿Quién se atreve a criticar a otro? Cuando miramos hacia el pasado y recordamos cuánta falta de oración ha habido en la propia vida, las palabras de crítica hacia otros se marchitan en los labios.

Pero creemos que ha llegado el momento en que se necesita un llamamiento vibrante al individuo y a la Iglesia: un llamamiento a la oración.

Ahora, ¿nos atrevemos a enfrentar esta cuestión de la oración? Parece una pregunta tonta, pues ¿no es la oración parte integrante de todas las religiones? Sin embargo, nos aventuramos a pedir a nuestros lectores que miren este asunto

con franqueza y honestidad. ¿Realmente creo que la oración es un poder? ¿Es la oración el mayor poder en la tierra, o no lo es? ¿Mueve realmente la oración «la Mano que mueve el mundo»?

¿Los mandamientos de oración de Dios realmente me conciernen a mí? ¿Las promesas de Dios concernientes a la oración siguen siendo válidas? Todos hemos estado murmurando «Sí, sí, sí» mientras leíamos estas preguntas. No nos atrevemos a decir «No» a ninguna de ellas. ¡Y sin embargo...!

¿Se le ha ocurrido alguna vez que nuestro Señor nunca dio un mandamiento innecesario u opcional? ¿Creemos realmente que nuestro Señor nunca hizo una promesa que no pudiera o no quisiera cumplir? Los tres grandes mandamientos de nuestro Salvador para una acción definida fueron:

*Orad vosotros*

*Haced esto*

*Id vosotros*

¿Le estamos obedeciendo? ¡Cuán a menudo su mandamiento «Haced esto» es reiterado por nuestros predicadores hoy! Uno podría casi pensar que iera su único mandamiento! Cuán raramente se nos recuerda su orden de «Orar» y de «Id». Sin embargo, sin la obediencia al «Orad vosotros», es de poca o ninguna utilidad el «Haced esto» o el «Id vosotros».

De hecho, se puede demostrar fácilmente que toda falta de éxito y todo fracaso en la vida espiritual y en la obra cristiana se deben a una oración deficiente o insuficiente. A menos que oremos correctamente, no podemos vivir correctamente ni servir correctamente. Esto puede parecer, a primera vista, una gran exageración, pero cuanto más lo pensamos a la luz que la Escritura arroja sobre ello, más convencidos estaremos de la verdad de esta afirmación.

Ahora, mientras comenzamos una vez más a ver lo que la Biblia tiene que decir sobre este misterioso y maravilloso tema, ¿nos esforzaremos por leer algunas de las promesas de nuestro Señor, como si nunca las hubiéramos oído antes? ¿Cuál será el efecto?

Hace unos veinte años, el escritor estudiaba en un Colegio Teológico. Una mañana, temprano, un compañero de estudios — que hoy es uno de los misioneros más destacados de Inglaterra — irrumpió en la habitación sosteniendo una Biblia abierta en sus manos. Aunque se preparaba para las Órdenes Sagradas, en ese momento era solo un joven convertido a Cristo.

Había ido a la Universidad «sin preocuparse de ninguna de estas cosas». Popular, inteligente, atlético — ya había ganado un lugar entre el grupo más elegante de su colegio, cuando Cristo lo reclamó. Aceptó al Señor Jesús como Salvador personal y se convirtió en un seguidor muy ferviente de su Maestro. La Biblia era, comparativamente, un libro nuevo para él, y como resultado constantemente hacía «descubrimientos». En aquel día memorable en que invadió mi tranquilidad, gritó emocionado — con el rostro radiante de gozo y sorpresa a la vez — «¿Crees esto? ¿Es realmente verdad?» «¿Crear qué?», pregunté, mirando la Biblia abierta con cierto asombro. «Pues, esto...», y leyó con tonos ansiosos San Mateo 21:21, 22: «*Si tenéis fe y no dudáis... todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.*» «¿Lo crees? ¿Es verdad?» «Sí», respondí, con mucha sorpresa por su excitación, «por supuesto que es verdad, por supuesto que lo creo».

Sin embargo, por mi mente pasaron rápidamente toda clase de pensamientos. «Bueno, esa es una promesa muy maravillosa», dijo él. «¡Me parece absolutamente ilimitada! ¿Por qué no oramos más?» Y se fue, dejándome pensando intensamente. Nunca había mirado esos versículos de esa manera. Cuando la puerta se cerró tras aquel joven seguidor del Maestro, tan entusiasta, tuve una visión de mi Salvador y de su amor y de su poder como nunca antes había tenido. Tuve una visión de una vida de oración — sí, y de un poder «ilimitado», que vi dependía solamente de dos cosas: fe y oración. Por un momento quedé emocionado. Me arrodillé, y mientras me postraba ante mi Señor, ¡qué pensamientos surgieron en mi mente, qué esperanzas y aspiraciones inundaron mi alma! Dios me estaba hablando de una manera extraordinaria. Este era un gran llamamiento a la oración. Pero — para mi vergüenza sea dicho — no hice caso a ese llamamiento.

¿Dónde fallé? Es cierto, oré un poco más que antes, pero nada parecía suceder. ¿Por qué? ¿Fue porque no vi qué alto estándar requiere el Salvador en la vida interior de aquellos que quieren orar con eficacia?

¿Fue porque no había elevado mi vida al estándar del “amor perfecto” tan bellamente descrito en el capítulo decimotercero de la primera Epístola a los Corintios?

Porque, después de todo, la oración no es solo poner en acción buenos propósitos “de orar”. Como David, necesitamos clamar: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio» (Sal. 51) antes de poder orar correctamente. Y las inspiradas palabras del Apóstol del Amor necesitan ser escuchadas hoy tanto como siempre: «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, tenemos confianza para con Dios; y [entonces] todo lo que pidiéramos, lo recibiremos de él» (1 Juan 3:21).

“Es cierto, y lo creo”. Sí, en verdad, es una promesa ilimitada, y sin embargo, ¡qué poco la realizamos, qué poco reclamamos de Cristo! Y nuestro Señor se “maravilla” de nuestra incredulidad. Pero si tan solo pudiéramos leer los Evangelios por primera vez, ¡qué libro tan asombroso parecería! ¿No deberíamos “maravillarnos” y “asombrarnos”? Y hoy transmito ese gran llamamiento a ustedes. ¿Le prestarán atención? ¿Se beneficiarán de él? ¿O caerá en oídos sordos y los dejará sin oración?

¡Compañeros cristianos, despertemos! El diablo está cegando nuestros ojos. Está procurando impedir que enfrentemos esta cuestión de la oración. Estas páginas son escritas por petición especial. Pero han pasado muchos meses desde que llegó esa petición.

Cada intento de comenzar a escribir ha sido frustrado, e incluso ahora uno es consciente de una extraña reticencia para hacerlo. Parece haber algún poder misterioso que detiene la mano. ¿Nos damos cuenta de que no hay nada que el diablo tema tanto como la oración? Su gran preocupación es mantenernos alejados de la oración. Le encanta vernos “ocupados hasta los ojos” en el trabajo, siempre que no oremos. No teme porque seamos estudiantes de la Biblia diligentes y fervorosos, siempre que seamos pequeños en la oración. Alguien ha

dicho sabiamente: «Satanás se ríe de nuestro esfuerzo, se burla de nuestra sabiduría, pero tiembla cuando oramos». Todo esto nos es tan familiar, pero ¿realmente oramos? Si no es así, entonces el fracaso debe seguir nuestros pasos, cualesquiera que sean las señales de aparente éxito que pueda haber.

Nunca olvidemos que lo más grande que podemos hacer por Dios o por el hombre es orar. Porque podemos lograr mucho más con nuestras oraciones que con nuestro trabajo. La oración es omnipotente; ¡puede hacer cualquier cosa que Dios pueda hacer! Cuando oramos, Dios obra. Toda fructuosidad en el servicio es el resultado de la oración: de las oraciones del trabajador, o de aquellos que sostienen manos santas en su favor. Todos sabemos cómo orar, pero quizás muchos de nosotros necesitamos clamar como lo hicieron los discípulos de antaño: «Señor, enséñanos a orar».

Oh Señor, por quien venimos a Dios,  
La Vida, la Verdad, el Camino,  
La senda de la oración Tú mismo has hollado;  
Señor, enséñanos ahora a orar.

*“Buscad a Jehová y su poder; buscad siempre su rostro” (1 Crónicas 16:11). <sup>1</sup>*

Dios tiene una gran necesidad. Es la necesidad de un Padre amoroso. Un padre que tiene un hijo pródigo siente una necesidad imperiosa: la necesidad de ese hijo. ¿No dijo nuestro Señor que *“habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”* (Lucas 15:7)? Si hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente, ¡cuánto mayor debe ser el anhelo del corazón del Padre por ese hijo que está tan lejos de Él! Fue esta necesidad divina la que trajo al Señor Jesús desde el seno del Padre a este mundo pecaminoso. Es esta misma necesidad la que aún impulsa al Padre a buscar a los hijos pródigos. Pero Dios, en Su sabiduría infinita y en Su amor soberano, ha escogido depender de la

oración de Su pueblo para satisfacer esta necesidad. Este es el asombroso misterio de la gracia: Dios obra a través de las oraciones de los hombres.

Anselmo, el gran teólogo y arzobispo de Canterbury en el siglo XI, es un ejemplo clásico de la importancia que la iglesia primitiva daba a la comunión con Dios antes de cualquier actividad teológica. Su lema era: *“Ninguna obra teológica sin oración”*. Todo su quehacer intelectual estaba precedido por largas horas de rodillas, reconociendo que sin la iluminación divina, todo esfuerzo humano era vano. <sup>2</sup> Esta unión entre la piedad práctica y la reflexión teológica es un modelo que la iglesia de todos los tiempos debe recuperar. La verdadera teología no nace en la biblioteca, sino en el gabinete de oración.

Dios está buscando intercesores. En los días de Ezequiel, Dios se quejó diciendo: *“Y busqué entre ellos un hombre que levantara un muro y se pusiera en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyera; pero no lo hallé”* (Ezequiel 22:30). ¡Qué terrible es que Dios no pueda encontrar a alguien que se ponga en la brecha! El profeta Isaías se maravilló de esto: *“Y vio que no había hombre, y se maravilló de que no hubiera quien se interpusiera”* (Isaías 59:16). Dios se maravilla de nuestra falta de oración. ¿Nos hemos detenido alguna vez a pensar que Dios espera nuestra oración? Él ha limitado voluntariamente Su acción en el mundo en respuesta a la intercesión de Su pueblo. Cuando no oramos, la obra de Dios se ve obstaculizada.

La necesidad de Dios es que Su pueblo ore. No es que Dios no sepa lo que necesita, sino que ha establecido un orden espiritual en el cual la oración es el canal designado para la bendición. Santiago nos recuerda: *“No tenéis lo que deseáis, porque no pedís”* (Santiago 4:2). Por lo tanto, la gran necesidad de Dios es encontrar hombres y mujeres que sean verdaderos intercesores. Esta es la necesidad suprema de la iglesia hoy: no más organización, no más programas, no más elocuencia, sino hombres y mujeres de rodillas.